



GUÍA DO PEREGRINO. 7

Reflexións para vivir o
Año Xubilar da Franqueira

MARÍA EJEMPLO DE CARIDAD **LA VISITACIÓN DE MARÍA A SU PRIMA ISABEL**

Jaime Barrecheguren Beltrán

Delegado Diocesano de Acción Caritativa y Social

El Evangelio de San Lucas, la muestra comprometida en un servicio de caridad a su prima Isabel. Leemos:

En aquellos días, levantándose María, fue de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá; y entró en casa de Zacarías, y saludó a Isabel. Y aconteció que cuando oyó Isabel la salutación de María, la criatura saltó en su vientre; e Isabel fue llena del Espíritu Santo, y exclamó a gran voz, y dijo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Por qué se me concede esto a mí, que la madre de mi Señor venga a mí? Porque tan pronto como llegó la voz de tu salutación a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Y bienaventurada la que creyó, porque se cumplirá lo que le fue dicho de parte del Señor (Lucas 1, 39-45).

Tras el anuncio del Ángel a María: «Y he aquí tu parienta Isabel, ella también ha concebido hijo en su vejez; y este es el sexto mes para ella, la que llamaban estéril; 1:37 porque nada hay imposible para Dios» (Lucas 1, 36,37); María, solícita a la llamada de Dios, se pone en camino. El ángel la ha hecho partícipe de la acción portentosa de Dios; su prima Isabel, ya mayor, va a concebir un hijo. María, llena de la gracia de Dios, deja su pueblo, su familia, incluso a José y corre a casa de Zacarías para ayudar a Isabel, para acompañar y servir a su prima en todo lo que haga falta en tan maravilloso acontecimiento; es la actitud de Jesús, que no ha venido a ser servido, sino a servir. María siente las necesidades ajenas y, sin perder tiempo, movida por la caridad, se dirige a la casa de su parienta.

No resultaba fácil. Se trataba de un desplazamiento largo, quizás más de una semana, seguramente a pie y con grandes incomodidades. Pero no importa, movida por la caridad se olvida de todas las dificultades, porque, como dice San Pablo «la caridad no es egoísta» (I Cor. 13, 5).

Cuando entra María en la casa, Isabel, la cual está «llena de Espíritu Santo», al responder a su saludo y sintiendo saltar de gozo al niño en su seno, exclama en voz alta: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre» (cf. Lc 1, 40-42). Pero más significativas son todavía las palabras de Isabel en la pregunta que sigue: «¿por qué se me concede esto a mí, que la madre de mi Señor venga a mí?» (Lc 1, 43).

Isabel da testimonio de María: reconoce y proclama que ante ella está la Madre del Señor, la Madre del Mesías. De este testimonio participa también el hijo que Isabel lleva en su seno: *«la criatura saltó de alegría en mi vientre»* (Lc 1, 44). EL niño es el futuro Juan el Bautista, que en el Jordán señalará en Jesús al Mesías.



«Y bienaventurada la que creyó», sigue exclamando Isabel. Todas las bienaventuranzas, aún dirigidas a los pobres o los mansos, los compasivos o los pacificadores, todas, proclaman la dicha de la fe y la felicidad de los que se han atrevido a confiar al Señor; y María es modelo de esa confianza.

Pensemos en las veces que por comodidad, por ahorrarnos molestias, hemos omitido algún acto de caridad; en las veces en que por no meternos en líos que no nos conciernen hemos sido remisos en prestar ayuda al hermano necesitado y hemos pasado de largo como el levita y el sacerdote en la parábola del buen samaritano. ¡Contemplemos a María y aprendamos de ella!

María es modelo de caridad.

La caridad le hace olvidar no sólo sus propias molestias, sino hasta su dignidad, la más alta que jamás una criatura haya tenido. Isabel es anciana, pero María es Madre de Dios; Isabel va a dar a luz a un hombre, mientras María dará a luz al Hijo de Dios. Y, ahí está María humilde esclava del Señor. Ella se considera y conduce como si fuese la última de todas las criaturas; ella sobresale entre los humildes y pobres del Señor.

Y entonces María dijo:

«Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.
Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí;
su nombre es santo
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

El hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos,
enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
—como lo había prometido a nuestros padres—
en favor de Abraham y su descendencia por siempre»
(Lc 1, 46-55).

Y se quedó María con ella como tres meses, sirviendo, ayudando; después se volvió a su casa.

«*Magnificat anima mea Dominum*», -«proclama mi alma la grandeza del Señor» (Lc 1,46)-, dice con ocasión de esta visita, y con ello expresa todo el programa de su vida: no ponerse a sí misma en el centro, sino dejar espacio a Dios, a quien encuentra tanto en la oración como en el servicio al prójimo; sólo entonces el mundo se hace bueno. María es grande precisamente porque quiere enaltecer a Dios y no a sí misma. Ella es humilde: no quiere ser sino la sierva del Señor (cf. Lc 1,38.48). Sabe que contribuye a la salvación del mundo, no con una obra suya, sino sólo poniéndose plenamente a disposición de la iniciativa de Dios (DCE, 41)

En María todo se vuelve canto de alabanza. En el Magnificat, María nos enseña cómo tenemos que amar y alabar a Dios. María celebra la primacía de Dios y de su gracia, que escoge a los últimos y despreciados, los “pobres del Señor”, de los que habla el Antiguo Testamento, los eleva y los introduce como protagonistas en la gloria de la salvación.

Desde que Dios la miró con amor, María se ha convertido en signo de esperanza para la muchedumbre de los pobres, de los últimos de la tierra, que se convierten en los primeros en el reino de Dios. Ella vive fielmente la opción de Cristo, su Hijo, que repite a todos los afligidos de la historia: “Venid a mi todos, los que estáis cansados y oprimidos y yo os aliviaré” (Mateo 11, 28).



Juan Pablo II recordaba en México la **fuerza profética** del canto de María y el valor espiritual para los cristianos hoy: «*El Magnificat es espejo del alma de María. En ese poema logra su culminación la espiritualidad de los pobres de Yahvé y el profetismo de la Antigua Alianza. Es el cántico que anuncia el nuevo Evangelio de Cristo; es el prelude del*

Sermón de la Montaña. Allí María se nos manifiesta vacía de sí misma y poniendo toda

su confianza en la misericordia del Padre. En el Magníficat se manifiesta como modelo para quienes no aceptan pasivamente las circunstancias adversas de la vida personal y social, ni son víctimas de la alienación, sino que proclaman con Ella que Dios ensalza a los humildes y derriba a los potentados de sus tronos ».

María es modelo de la caridad de la Iglesia.

Su amor preferencial por los pobres está inscrito admirablemente en el Magníficat. El Dios de la Alianza, cantado por la Virgen de Nazaret en la elevación de su espíritu, es a la vez el que «derriba del trono a los poderosos, enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos, ... dispersa a los soberbios ... y conserva su misericordia para los que le temen».

María está profundamente impregnada del espíritu de los «pobres de Yahvé», que en la oración de los Salmos esperaban de Dios su salvación, poniendo en El toda su confianza (cf. Sal 25; 31; 35; 55). En cambio, ella proclama la venida del misterio de la salvación, la venida del «Mesías de los pobres» (cf. Is 11, 4; 61, 1). La Iglesia, acudiendo al corazón de María, a la profundidad de su fe, expresada en las palabras del Magníficat, renueva cada vez mejor en sí la conciencia de que no se puede separar la verdad sobre Dios que salva, sobre Dios que es fuente de todo don, de la manifestación de su amor preferencial por los pobres y los humildes, que, cantado en el Magníficat, se encuentra luego expresado en las palabras y obras de Jesús. (RM, 37)

María se ha convertido efectivamente en Madre de todos los creyentes. A su bondad materna, así como a su pureza y belleza virginal, se dirigen los hombres de todos los tiempos y de todas las partes del mundo en sus necesidades y esperanzas, en sus alegrías y sufrimientos, en su soledad y en su convivencia. Y siempre experimentan el don de su bondad; experimentan el amor inagotable que derrama desde lo más profundo de su corazón. Los testimonios de gratitud, que le manifiestan en todos los continentes y en todas las culturas, son el reconocimiento de aquel amor puro que no se busca a sí mismo, sino que sencillamente quiere el bien. La devoción de los fieles muestra al mismo tiempo la intuición infalible de cómo es posible este amor: se alcanza merced a la unión más íntima con Dios, en virtud de la cual se está impregnado totalmente de él, una condición que permite a quien ha bebido en el manantial del amor de Dios convertirse él mismo en un manantial «*del que manarán torrentes de agua viva*» (Jn 7,38). María, la Virgen, la Madre, nos enseña qué es el amor, dónde tiene su origen y de dónde le viene su fuerza siempre nueva (DCE, 42).

Que María nos obtenga el don de saber amar como ella supo amar y nos ayude a saber difundir en el mundo el dinamismo de la caridad.



Jaime Barrecheguren Beltrán

Delegado Diocesano de Acción Caritativa y Social